

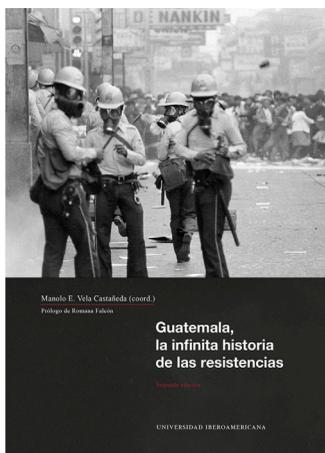




# RESEÑAS

IGNACIO GUTIÉRREZ RUVALCABA

► Teresa Rojas Rabiela con Guadalupe Islas en 2011, durante un recorrido hidráulico en Cadereyta y Peñamiller, Quintana Roo, como parte del trabajo de campo que resultó en la publicación de *Las presas efímeras mexicanas del pasado y del presente* (CIESA/UNAM, México, 2019).



► **Guatemala, la infinita historia  
de las resistencias**

MANOLO E. VELA CASTAÑEDA (COORD.),

2020

Universidad Iberoamericana, México

---

## Nuevas perspectivas para el análisis de las resistencias desde abajo

JOSÉ EUGENIO SOSA IGLESIAS

### New Perspectives for the Analysis of Resistances from Below

JOSÉ EUGENIO SOSA IGLESIAS  
Universidad Nacional Autónoma de Honduras,  
Tegucigalpa, Honduras  
eugenio.sosa.iglesias@gmail.com

*Desacatos 73,*  
septiembre-diciembre 2023, pp. 108-114

**G**uatemala, la infinita historia de las resistencias es un texto escrito desde lo cotidiano, desde la resistencia, pero también desde la represión y la dominación que llevaron a cabo los perpetradores del terror de Estado, que significaron masacres y hasta genocidios. Este libro ayuda a comprender cómo las luchas se erigen sobre lo ordinario, la cultura y el tiempo. El análisis no sucumbe a la victimización de los actores subalternos de la lucha, movimientos sociales y guerrilleros, sino que los asume como actores racionales, que participaron en acciones revolucionarias conscientes de sus objetivos y estrategias. Pero tampoco desconoce que hubo víctimas, y que la violencia dejó heridas y cicatrices aún presentes y visibles en la sociedad guatemalteca.

El texto comienza con un prólogo a cargo de Ramona Falcón, quien nos recuerda que la historia siempre ha sido escrita por los sectores dominantes. En esta historia, los sectores subalternos, como los indígenas, campesinos, obreros, mujeres, estudiantes y otros, son menos que tenues sombras desdibujadas por la narrativa de las elites:

Un propósito central de *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, es —a través de variados acercamientos— que las resistencias y las insurrecciones indígenas, de campesinos, obreros y otros sectores populares ni eran ni repentinas, ni casuales, ni lógicas. Simplemente, por el alto precio que significaba romper los códigos de la dominación, los de abajo debían meditar y valorar cuidadosamente sus propósitos —modestos o grandes—, sus acciones y sus silencios (p. 18).

Después del prólogo hay una introducción a cargo de Manolo E. Vela Castañeda, coordinador del libro. El cuerpo central del volumen está compuesto por 13 ensayos relacionados con la organización y la lucha campesina e indígena; las guerrillas y los mayas; las mujeres rebeldes en la Guerra Fría; la violencia y la revolución en la comunidad indígena; la región de Ixil; rebelión indígena, lucha campesina y movimiento guerrillero; las luchas revolucionarias en el Petén; la huelga de octubre y el levantamiento urbano de 1978; la rebelión indígena y la Declaración de Iximché; la experiencia del Grupo de Apoyo por el Aparecimiento con Vida de Nuestros Hijos, Esposos, Padres y Hermanos, conocido como Grupo de Apoyo Mutuo (GAM); el nuevo Partido Comunista de Guatemala, y las luchas campesinas en la costa sur. El último capítulo es acerca de las perspectivas teóricas y metodológicas. Los autores de estos ensayos son diversos; convergen historiadores, sociólogos, antropólogos y académicos de otras disciplinas.

### **La historia desde abajo o gente ordinaria haciendo historia**

El libro proporciona una mirada a la historia de Guatemala desde la subalternidad. El hecho de que sus narrativas, testimonios y análisis tengan origen en las voces subalternas no implica que los estudios

idealicen a los sujetos, sino que los presentan, individual y colectivamente, como seres humanos de carne y hueso, con virtudes y debilidades, en cuyas acciones se puede encontrar tanto solidaridad como traición. Los ensayos muestran cómo las personas comunes y corrientes se convirtieron en sujetos centrales de la lucha revolucionaria, y actuaron a partir de protestar y organizarse como movimientos sociales, pero también de las acciones militares de los grupos guerrilleros, con bases logísticas y sociales de apoyo. En los diferentes ensayos e investigaciones se evidencia cómo el pueblo —categoría cuestionada por las ciencias sociales hegemónicas— rompió con los códigos de la dominación que garantizaban la obediencia, la sumisión y el orden.

Los diferentes trabajos proponen análisis regionales o regionalizados. Como sostiene Vela Castañeda: “son historias desde las periferias, las regiones, desde los últimos escalones del poder” (p. 26). En cada una de estas regiones, las acciones revolucionarias adquirieron formas particulares, de acuerdo con el modelo de dominación que se ejercía en sus territorios y localidades. Este tipo de análisis evita que se caiga en generalizaciones simples, sin atender a las complejidades territoriales en que se desarrolla la lucha.

El terror de Estado impidió que la lucha guerrillera guatemalteca alcanzara dimensiones como las de la Revolución sandinista nicaragüense, que derrotó a la dinastía de los Somoza y resultó triunfante el 19 de julio de 1979, o la salvadoreña, que constituyó el ejército revolucionario más emblemático de Latinoamérica, que no triunfó, pero que llegó a establecer un empate militar con el régimen político que enfrentaba; empate que llegó a tal grado que no se pudo producir otra solución que no fuera la negociación política de la paz, firmada en 1992. Sin embargo, de acuerdo con Margarita Hurtado Paz y Paz, autora de “Organización y lucha rural, campesina e Indígena. Huehuetenango, 1981”, la lucha revolucionaria guatemalteca no fue

una cosa menor en Centroamérica, la experiencia fue más allá de la acción de una agrupación guerrillera con expresiones aisladas, se trató de “una verdadera avalancha de organización y participación local la que junto a la guerrilla hizo tambalear al régimen” (p. 37).

Esta lucha involucró amplios sectores de la sociedad guatemalteca, más allá del enfrentamiento entre focos guerrilleros y facciones del ejército, y en ella los campesinos e indígenas fueron sujetos y protagonistas centrales. Las fuerzas revolucionarias guerrilleras tenían entre sus propuestas programáticas principales la reforma agraria, que desde la Revolución de octubre había quedado inconclusa primero, y luego abortada. Es decir, su discurso iba dirigido, en gran parte, a indígenas y campesinos.

### **Los indígenas y campesinos en la resistencia revolucionaria guatemalteca**

La lucha revolucionaria guatemalteca tiene su propia complejidad y particularidad, sobre todo en relación con la población, mayoritariamente indígena. Glenda García García, en “Las guerrillas y los mayas: una aproximación a las formas de interacción sociopolítica entre las insurgencias y los kaqchikeles de San Martín Jilotepeque (1976-1985)”, analiza esta relación a partir de la puesta en práctica del método etnográfico, la investigación documental y entrevistas a actores y testigos locales.

Destaca que el conflicto armado interno tuvo entre sus bases: 1) la estructura agraria y la exclusión económica, y 2) el racismo, la subordinación, y la exclusión del indígena (p. 90). Así, por ejemplo, la población indígena fue sometida a trabajos inhumanos en las plantaciones de café: “las raíces de la guerrilla estaban en el pueblo. Los guerrilleros eran padres y madres, hijos e hijas, hermanos y hermanas de muchas familias guatemaltecas” (p. 73). El

origen familiar de los guerrilleros, más su discurso y propuesta por la reforma agraria y la justicia, permitió la conexión entre guerrilleros e indígenas en varias regiones.

El papel de las mujeres que enfrentaron la represión y el reclutamiento de los jóvenes de sus comunidades ocupa un espacio de reflexión en *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*. En “Mercados rurales, almas revolucionarias y mujeres rebeldes en la Guatemala de la guerra fría”, Carlota McAllister narra cómo las mujeres, empuñando palos, piedras y antorchas, enfrentaron a tropas del ejército que llegaron a reclutar jóvenes en un mercado semanal de la comunidad Chupol, en julio de 1979. En esta comunidad, la Iglesia católica había desarrollado un largo trabajo de organización y educación, de tal suerte que “los chupolenses fueron [...] los habitantes de un espacio en donde su residencia rural había constituido durante mucho tiempo un acto de resistencia muy significativo frente al control del Estado” (p. 167).

Carlota McAllister también es autora del capítulo titulado “Precipitándose hacia el futuro. Violencia y revolución en una comunidad indígena guatemalteca”, en el que pone en perspectiva histórica la construcción de la violencia y los procesos guerrilleros insurgentes en Guatemala, donde se desarrolló una guerra civil que le costó la vida a no menos de 250 000 personas:

La violencia llegó a su punto más álgido a inicios de los años ochenta, cuando el ejército lanzó una política de tierra arrasada en el altiplano occidental, donde la mayoría de la población es indígena y de donde provenía la mayoría de los simpatizantes de la guerrilla. Por tanto, es una terrible ironía que la mayor víctima del conflicto, en términos generales, y de las políticas de tierra arrasada, en particular, haya sido la población maya y rural que el movimiento revolucionario pretendía emancipar (pp. 179-180).

El análisis de McAllister reconoce que la guerrilla, cuyos principales líderes eran ladinos, no logró representar de forma adecuada a los pueblos mayas. De igual manera, aboga por recuperar el pasado revolucionario de los mayas para incorporar su perspectiva en la dimensión histórica de la lucha armada y la revolución guatemalteca.

“Más allá de la montaña: la región Ixil”, de Magda Leticia González S., también es un capítulo que aporta a la comprensión de las resistencias indígenas. Este análisis intenta responder a la pregunta de por qué los ixiles se unieron al movimiento guerrillero; rescata la resistencia desde la época colonial, periodo en el que los indígenas huían a las montañas para resistir, pero también protagonizaban revueltas y motines, y pone en evidencia, además, el proceso de fortalecimiento organizativo de los ixiles en las décadas de 1960 y 1970, así como su vinculación con el Ejército Guerrillero de los Pobres, con el cual llevaron a cabo acciones revolucionarias en los años ochenta.

González responde a su pregunta de análisis a partir de la confluencia que se produjo entre la insurgencia armada y el memorial de agravios. El mensaje de los guerrilleros, construido de manera sencilla, logró conectar con la experiencia de los ixiles. Este discurso giraba en torno a las ideas de justicia, libertad y no explotación. Pero también contribuyeron las operaciones de contrainsurgencia, pues “la represión y las masacres fueron algunos de los factores que decidieron la incorporación de muchos de ixiles a la guerrilla” (p. 268). Finalmente, concluye González, “la respuesta a por qué los ixiles se unieron al movimiento guerrillero no es fácil, ni lineal o mecánica y en ella intervienen factores del largo plazo y del corto plazo, así como procesos específicos locales y el resultado de su combinación con factores externos que [...] se transforman en propios de la dinámica local” (p. 273).

La rebelión indígena y campesina es analizada por Pablo Ceto en “Rebelión indígena,

lucha campesina y movimiento revolucionario. Reflexiones y testimonio”. Lo novedoso de este capítulo es que se trata de una reflexión a partir de la vivencia propia y lo testimonial. Ceto aborda el camino de resistencia que labraron los pueblos y comunidades a lo largo de su historia para enfrentar la represión y la dominación, y lleva su análisis hasta el periodo colonial, en el que se produjeron motines y levantamientos de indios durante toda la época. Algunas perspectivas interpretativas han asumido a los indígenas y campesinos como sujetos pasivos, casi víctimas de los guerrilleros, pero Ceto plantea otra visión: “los pueblos indígenas, desde la decisiva participación de cientos de comunidades en las tareas de la revolución, habían penetrado el pensamiento del movimiento revolucionario guatemalteco” (p. 289).

La insurgencia campesina también se estudia en “Petén, 1967-1984: las bases agrarias de la insurgencia campesina”, de Vela Castañeda. En este capítulo, el coordinador del libro, más que centrarse en la acción heroica de los revolucionarios campesinos, expone sus derrotas: “entre desertiones, ataques del Ejército y un ineficaz trabajo político en la zona [de Petén], las guerrillas no lograron hallar un sitio para asentarse. Rabinal, Baja Verapaz, fue la base de esta incursión” (p. 297), y agrega: “en noviembre de 1969 otra derrota volvió a frustrar los planes de los insurgentes. El Ejército había reunido importantes piezas de información de inteligencia, y con ellas planificó la ‘Operación Martillo’” (p. 298).

Un acontecimiento de importancia para la comprensión del movimiento indígena es la Declaración de Iximche’, emitida el 14 de febrero de 1980 en Tecpán, Chimaltenango y promovida por el Comité de Unidad Campesina, la Asociación pro Maya Quiché y la Coordinadora Indígena, que Morna MacLeod analiza en “¡Que todos se levanten! Rebelión indígena y la Declaración de Iximche’”:

La Declaración de Iximche' es una sugerente síntesis de análisis y demandas indianistas y populares, una evidencia de que éstas no eran, ni tenían que ser antagónicas. En realidad, la Declaración de Iximche' es un extraordinario manifiesto político-cultural que va al fondo de los problemas estructurales del colonialismo patriarcal, la explotación, el racismo y la discriminación cultural. Es un reclamo histórico y una puesta en escena del despojo continuo a los pueblos indígenas. A la vez, es un clamor por la autorrepresentación y autoafirmación (p. 435).

Para abundar sobre la rebelión indígena y comprender mejor la lucha revolucionaria en el mundo rural, el libro incluye un ensayo de Cindy Foster, “‘Miles de machetes en alto’: las luchas campesinas de la Costa Sur en el surgimiento de la revolución guatemalteca, 1970-1980”. En febrero de 1980, la Costa Sur de Guatemala fue escenario de lo que se considera la huelga rural más grande en las plantaciones de esa región. Según Foster, “la participación campesina dio cuerpo y alma a la revolución guatemalteca que se desató en el mismo año, y la huelga fue uno de los sitios más críticos donde se generó” (p. 587). El régimen reprimió a la población, “muchos miles regresaron a sus casas en tierra fría y allá fueron perseguidos por haber estado en la tierra de la huelga” (p. 622).

### Las luchas revolucionarias urbanas

La mayor parte de los capítulos que conforman *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, reflexionan sobre aquellas que se ubican en la sociedad rural guatemalteca, pero la ciudad también tuvo su propio proceso revolucionario, que se aborda en “La huelga de octubre de 1978: levantamiento urbano, insurrección y rebelión en Guatemala”, de Ricardo Sáenz de Tejada. El impacto de este levantamiento

urbano fue de tal envergadura que, según Sáenz de Tejada, reconfiguró la dimensión social y política del país: “las formas de dominación, las relaciones de poder y la propia estructura del Estado no volvieron a ser las mismas” (p. 367).

Sáenz de Tejada también describe los levantamientos urbanos como elementos clave y estratégicos en los momentos insurreccionales y de triunfo de los grupos guerrilleros revolucionarios. Esto sugeriría, de algún modo, que las guerras revolucionarias se gestan y desarrollan en el campo, pero se definen en las ciudades. Estos momentos se conocen como “situaciones revolucionarias” y pueden derivar en el triunfo de las fuerzas rebeldes o en su derrota total o parcial. Desde el punto de vista del autor de este capítulo, éste es el caso de la huelga de octubre de 1978, porque propició las condiciones para una insurrección urbana. En esta coyuntura crítica, la coalición dominante estuvo en crisis y sólo se pudo sostener con la intervención del ejército y las fuerzas de seguridad en general.

De esta manera se evidencia cómo, en una coyuntura crítica, una protesta o un malestar cotidiano pueden desatar las fuerzas sociales y políticas revolucionarias. En ese sentido, el análisis puede relacionarse con la metáfora de que “la pradera está seca y basta una chispa para encenderla”, muy popular entre las luchas revolucionarias. Así las cosas, Sáenz de Tejada sostiene que:

[Pese a que el] acontecimiento que desencadenó el levantamiento popular en la zona metropolitana de Guatemala en octubre de 1978 fue el aumento del precio del transporte urbano en la ciudad, acordado en septiembre de ese año, en este momento se condensó el estado de ánimo favorable a la movilización política y social que se venía gestando desde 1973 (p. 394).

Esto es lo que la experiencia y la teoría revolucionaria han enseñado: que en tiempos normales es como

si no pasara nada, pero en tiempos turbulentos los fenómenos se desarrollan de manera tal, que en una semana o días puede suceder lo que no ha pasado en décadas. Se trata de la condensación de factores en el tiempo:

La huelga y las protestas de 1978 fueron una coyuntura crítica en el sentido que definieron los cursos de acción de los actores políticos y sociales involucrados, particularmente de los movimientos sociales y el gobierno. Pese a que en términos estrictos no se trató de un evento contingente, las dimensiones de la participación popular en las protestas no habían sido previstas. La masividad y el desborde de las mismas no fueron anticipadas ni contaron con la dirección política que les permitiera trascender (p. 404).

La lucha revolucionaria significó mucho dolor para las familias de la sociedad guatemalteca. Entre las prácticas grotescas que implementaron los regímenes políticos para detener la lucha figuran las desapariciones. Como producto de éstas emergió el GAM, el 8 de junio de 1984. Este tema es abordado por Denise Phé-Funchal, en “Por el apareamiento con vida: fundación del Grupo de Apoyo Mutuo”, esta organización logra constituirse a partir de que...

los familiares se encuentran y se conocen en dependencias del Estado, cárceles, centros de detención militares, hospitales y morgues; comienzan a reunirse en cafeterías y parques para discutir las acciones individuales y para idear esfuerzos conjuntos que les permitan exigir una respuesta sobre el paradero de sus familiares y más aún, para recuperarlos con vida (p. 462).

Los desaparecidos de esta época fueron, sobre todo, aquellos estudiantes y sindicalistas considerados peligrosos y enemigos del Estado:

Eran hombres y mujeres, miembros de una familia, de un grupo social, que en muchos casos desconocían, en otros temían, pero algunas veces apoyaban, la participación de sus seres queridos en los movimientos sociales, que pretendían a través de diversas ideas, modelos y propuestas, cambios en la estructura social, cultural, política y económica del país (pp. 482-483).

En el marco de la búsqueda de personas desaparecidas, el GAM desarrolló un amplio repertorio de acciones, muchas de las cuales fueron disruptivas y de confrontación.

Esta compilación dedica un capítulo al nuevo Partido Comunista de Guatemala, con “Los infortunios de la lucha armada: de la Comisión Militar a la construcción del nuevo Partido Comunista en Guatemala”, de Juan Carlos Vásquez Medeles. El texto se basa en un informe del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), de mayo de 1960, en el cual se definían las principales estrategias revolucionarias: 1) la creación de una fuerza militar propia; 2) la elevación de la capacidad técnica y combativa de la guerrilla y las unidades de resistencia, y 3) la creación de un verdadero ejército popular. Tras una serie de derrotas, el PGT fue desarticulado en 1972, pero su Comisión Militar logró desarrollar varias acciones militares. Producto de escisiones, en parte por diferencias en la conducción política y militar, surgió más tarde el Partido Guatemalteco del Trabajo-Partido Comunista (PGT-PC).

El libro finaliza con el capítulo 13, “Los de abajo: perspectivas teóricas y lecciones de método”, a cargo del coordinador del volumen. En éste se destaca el esfuerzo de los autores por colocar “al pueblo, las masas, la multitud, el populacho, la chusma, como agentes históricos” (p. 631), lo cual repercute en cuestiones de fuentes y método: el uso de fuentes orales, hemerográficas y archivos, y análisis estadísticos, se articula en un enfoque investigativo que privilegia a “los de abajo”. Vela Castañeda rechaza que los sujetos

de las rebeliones e insurrecciones sean actores irracionales, espontáneos, movidos y manipulados por factores y actores externos. Por el contrario, los reconoce como actores sociales conscientes:

Cuando se insurreccionaban estos sujetos sabían lo que hacían. Había formas de organización en las que la decisión se meditaba y deliberaba —cuando se tenía la decisión, se comunicaba mediante formas verbales y no verbales—. Generalmente, el rompimiento de los códigos de subordinación se hacía de manera gradual, midiendo cuidadosamente las reacciones de los dominadores. Así, se iba pasando de formas menos abiertas, a formas más abiertas de insurgencia (p. 632).

En conclusión, la nueva versión de *Guatemala, la infinita historia de las resistencias*, nos ofrece un largo

y profundo recorrido por la historia revolucionaria y de dominación de la sociedad guatemalteca, mediante hitos específicos, muchos de ellos localizados en regiones particulares. Los análisis se desarrollan a partir de diferentes momentos de la historia de Guatemala, como la dominación colonial y las rebeliones y motines de esta época. También se toma en consideración la perspectiva de la revolución de 1954, encabezada por Jacobo Árbenz, y los primeros esfuerzos guerrilleros de los años sesenta. En la mayoría de los textos se incorpora una cronología detallada, pero queda en deuda una cronología general de las resistencias de la sociedad guatemalteca, por lo menos durante el siglo XX. *Guatemala, la infinita historia de las resistencias* es una compilación indispensable para quienes estudian procesos revolucionarios y de dominación en Guatemala y la región centroamericana. **D**